

# RECUERDOS Y SUBJUNTIVOS

Ricardo Sanmartín Arce

*Universidad Complutense de Madrid  
Departamento de Antropología Social*

Hace algunos años me decía un poeta a quien estaba entrevistando que “El poema es una intuición de algo... que... me recuerda a mí, mi vieja historia... que... me pone de pie mi biografía. El arte... es una puerta abierta hacia ti mismo, hacia una reinterpretación constante de la realidad y de ti, que eres quien te reinterpretas”. “Un poeta”, señalaba, “saca de su profundidad, y la profundidad última y abismal es la más honda memoria”. Dicho en versos de Octavio Uña: “Sube el niño que fui por mi garganta, corre sueños,/ dicta a mi mano el carro de las cosas./ (Que casa es la memoria/ y la infancia su cal)”<sup>1</sup>. Octavio Uña ha hecho uso con lucidez de su memoria, del recuerdo de sus viajes ultramarinos o de aquella más honda de su infancia zamorana, tan vecina ya de la de Claudio Rodríguez. Esa referencia a su memoria, tan marcada por la compañía de los subjuntivos con la que la trae a colación en sus poemas, me ayuda a preguntarme sobre ese papel poético del más antiguo recuerdo. ¿Cómo puede ser la infancia del creador, cuando éste está más sin hacer, sin formar, sin una figura clara y estable, cómo puede ser fuente de imágenes que sirvan de modélico contrapunto a otras más complejas y adultas en ese instante metafórico de la contemplación estereoscópica? Porque lo que se contempla no es la infancia sino su actual recuerdo adulto: una imagen moldeada sobre el material de las vivencias, sentida, por tanto, como genuina, pero formada en unos moldes cuya concavidad ha sido vaciada en el

presente, y así, exiliada de su momento, emigra de nuestro sur hasta ser acogida como un reto en un nuevo contexto que la significa. Quien horada la roca de la memoria y le otorga su forma es la experiencia. Si el recuerdo reta nuestra imagen actual con las de un paraíso perdido, es porque previamente se produce la vivencia de un hueco, de una pérdida, de una carencia. Gamoneda reconoce que “la poesía, incluso técnicamente, es un arte de la memoria [...] pero nuestra memoria es siempre conciencia de pérdida. Tenemos memoria de lo que ya no está con nosotros. Y si eso es así, la memoria nos proporciona instantáneamente la noción de nuestro curso hacia la muerte. Lo queramos o no, toda poesía se escribe desde esa perspectiva, siempre”<sup>2</sup>. Es el hueco de la carencia de valor y sentido de la vida el que atrae al recuerdo, selectivamente, desde el fondo de la memoria. Sólo aquella parte de la memoria pertinente a ese hueco será la abducida por la fuerza del vacío ético del presente, y lo será, precisamente por aportar el valor moral requerido. Es la experiencia quien teje, como una araña, una red de descosidos y cesuras que opera como cebo del proceso evocador, y lo hace –paradójicamente– destejiéndonos como Penélope, a la espera del proustiano accidente del recuerdo, del regreso del auténtico pretendiente que una y tense el arco de la memoria hasta acertar en la diana de la vida nombrándola con su escritura.

La memoria de la infancia suministra, pues, una distancia hermenéutica y un contrapunto en virtud de la significación que se le otorga desde el presente. Desde éste caracterizan los informantes esa etapa de la vida como receptiva y no analítica, contemplativa, marcada además por el aprendizaje y la protección que exoneran al niño de responsabilidad pública, limitando ésta al reducido horizonte de su pequeño mundo, graduándola a medida que crece su interacción social, reduciendo paralelamente su inocencia. Se trata de una etapa en la que confluyen muchos factores condicionantes del carácter primordial de la experiencia. Positivas o negativas, se trata, pues, de experiencias vividas como primicia, con las cuales se ha ido configurando la persona, y frente a las que se carece de defensa alguna, así como de medios para relativizarlas. Será luego, a lo largo del proceso de maduración, al alejarse progresivamente de la infancia y su inocencia, cuando se aprende el carácter relativo de toda experiencia, así como la continua limitación de lo posible a medida que, con cada decisión, se va relegando a vía muerta las alternativas desechadas, conociendo el precio de la libertad, el perfil que otorga la pérdida de lo posible. Es más, no es sólo el olvido de lo que fuimos lo añorado, sino también el recuerdo de lo que pudimos haber sido y jamás fuimos: "De todo lo que no fui / quedó la ausencia, / más real que nosotros. / Cuchillo del dolor de lo que no fuimos, / profundo herir el llanto del no nacido. / [...] senderos de la noche y ensombrecida sombra / la de mis yoes sin mí huidos. / Camino que no hice, / amor que nunca amé y nombre ciego / de mí que ardió sin haberme sido dado. / Vacío voy de vosotros. / Y es tarde / y tarda aún la sombra, larga sombra / donde sólo seré / en el jamás figura, lo mismo que vosotros, / de esta melancolía"<sup>3</sup>. Tan potente puede ser, pues, la tensión entre la vivencia actual de la limitación y el recuerdo del pasado, como vivencia efectiva de que, por haber sido,

fue posible, que no sólo abre el paso a la evocación de lo que fuimos, sino que llega a evocar el *recuerdo de la posibilidad* misma, cuya pérdida ha configurado efectivamente la identidad. Es más, ese recuerdo de la infancia encierra una paradoja adicional de la que extrae gran parte de su potencia: su horizonte encerraba, a pesar de su pequeño alcance (entonces inocentemente ignorado), una vivencia de plenitud que abarcaba la totalidad del mundo, una vivencia de eternidad anterior al inicio de la conciencia biográfica, al tiempo de la historia. Cada vez somos más quien vamos siendo y menos quienes pudimos haber sido. Esa progresiva pérdida de posibilidades va cargando el peso de la cruz de la identidad en el camino de la propia historia, cada vez más especializado y estrecho, y lo hace en el marco de una cultura caracterizada por la explosión imaginaria de alternativas, de posibilidades de cambio, de progreso, marcada por la pluralidad de estilos de vida y consumo.

No es sólo así, de esa forma genérica, como la cultura muestra su presencia en el proceso, destacando la diferencia entre infancia y madurez, configurando una y otra de un modo que prepara ya la contemplación poética de la infancia. Toda desvalorización de la existencia vivida en el presente prepara la evocación. Cada pérdida, cada ausencia, cada limitación lo hace. Si la sed de plenitud es una constante antropológica, varía, sin embargo, la fuente que en cada época y cultura se prefiere para saciarla. Cabe pues tomar la escritura como testimonio etnográfico que ayude a comprender los valores culturales y creencias de la época. Así, lo cantado en los poemas que hemos citado subraya paradigmáticamente el valor de la libertad tan unido en nuestra tradición a la imagen del hombre. Es más, este singular caso del recuerdo de lo posible nos ayuda a entender la preferencia cultural de los recuerdos de la infancia: la misma ausencia de un

modelo del mundo, entonces aún por hacer, al contrastarla ahora con la sobre-determinación de la vida adulta, ofrece una veloz imagen de la amplitud de lo posible, de cómo la totalidad del mundo pudo poseerse por permanecer aún en su estado de semilla, de esperanza, brindando de ese modo a la libertad todo su horizonte. Tras los versos de nuestros poetas subyacen imágenes concretas del valor de la libertad. Se trata de imágenes de la libertad que aparecen igualmente sancionadas en otras artes, como en el cine. De momento, según lo visto, la plenitud *recordada* del mundo infantil, aquella eternidad *recordada* desde el tiempo, evoca una imagen de la libertad en la que desaparecen las limitaciones reales de su ejercicio y la pérdida de cuantas opciones resultan incompatibles con la elegida. La libertad del paraíso perdido, aquella plenitud en libertad era, en realidad, un modo de poseer el mundo antes de elegirlo, antes de ejercer la contingente libertad humana. El arco que describen sus testimonios entre la elección y su precio, la indeterminación de la infancia y la determinación de la vida adulta, expresa una manera culturalmente marcada de entender lo que corresponde hacer en la vida y lo que constituye al ser humano como tal. Nuestra tradición ama la libertad, no concibe ser humano sin ella, pero no toda tradición ha especificado el valor de la libertad bajo la figura de la elección entre alternativas, de la contemplación de un campo irrestricto de posibilidades, hasta el punto de sentir que ya se

posee el mundo en el goce de lo posible, en imaginar que todo es posible, que todo es posible todavía. Hay en esa forma de concebir lo humano una singular fusión del *todo* y el *todavía* que caracteriza el imaginario de nuestra cultura. Ahí, entre el deseo de plenitud y la renuncia a las alternativas que cada ejercicio de la libertad supone, en esa zona oscura que el recuerdo nos desvela, prosiguen los poetas su investigación vivencial, y nos dan con su escritura el testimonio riguroso de la verdad que ellos han visto. No todo lo que encuentran es siempre luminoso. Con frecuencia esa proximidad con la muerte, de la que hablaba Gamonedá, nos recuerda el futuro como un reto a la libertad, pues nos obliga a contemplar, frente al *todavía* el *ya no* de la necesidad, ese estrechamiento del margen de la elección que *aún* nos queda entre el rechazo de lo inevitable o su serena aceptación.

## NOTAS

1. Uña, O. 1988: *Castilla, plaza mayor de soledades*, Zamora, Diputación de Zamora, pág. 133. Tengo entre manos su última obra: *Crónicas del océano*, Ayuntamiento de Zamora, 2003, 250 pp., transido también de artes de la memoria.
2. Rodríguez Marcos, J. "La poesía de la desaparición" (entrevista a A. Gamonedá), Babelia, *El País*, 23-VIII-2003, p. 2.
3. Valente, J.A. 1989: *Cantigas de alén*. Barcelona, Àmbit Serveis Editorials, S.A. pág. 90-91.